
Fernando Ainsa

Ahora es difícil creer que nunca han existido. Era tan agradable representárselas sonrientes, asomadas coquetamente entre las lonas de las carretas recorriendo los caminos de tierra rojiza del norte del Uruguay, ofreciendo sus servicios a solitarios esquiladores y peones, que no podemos aceptar lo que sostienen en forma unánime sociólogos e historiadores: las «misioneras del amor», meretrices trashumantes de los campos desolados, en realidad no han existido nunca. Han sido, pura y simplemente, una invención de Enrique Amorim.

Quisiera que me quedara, después de todo, el temblor de la duda de que pudo ser cierto. Siento, al recorrer en la memoria los escenarios del norte del Uruguay, que la naturaleza se ha transformado en paisaje gracias al conjuro de la prosa de Amorim y que ellas —alegres y tristes, ingenuas y miserables— lo integran de pleno derecho, ese derecho sutil que otorga a la realidad el espesor por donde ha pasado la buena literatura. ¿Acaso no se las ha visto, «quitanderas» hijas de la fantasía, sentadas luego con sus anchas polleras en los cuadros de Pedro Figari, desafiando las dudas de la verosimilitud literaria?

Las quiero y las siento tan convincentes, tan instaladas en la certidumbre de la pícaro ilusión de sus gestos entre amorosos y profesionales, que me digo que su fuerza —y por lo tanto su vida— está justamente en el poder evocador de sus páginas, más allá de la negación empírica de los sociólogos. Lo que importa es el símbolo, el arquetipo, el mito, conjurado y cristalizado alrededor de sus volátiles figuras femeninas. Y ahí está.

Este —me digo— es un privilegio que quisiera para el conjunto de un país

necesitado de la densidad cultural de textos recuperados por todos los medios, incluso la piedad comprensiva, y donde se signifiquen para siempre sus vastos espacios despoblados e inéditos.

Un Uruguay consagrado por las certidumbres que otorgan los recorridos de un libro, eso es lo que anhelo. Porque siento que cada escenario huerfano de literatura reclama, por lo menos, una página literaria para convertirse en el «paisaje del alma» que todo hombre y toda patria necesitan para perpetuarse en el tiempo, es decir, en la memoria de los otros. La realidad-real importa, en definitiva, muy poco.

Por ello acumulo avaramente las mejores prosas escritas sobre cada esquina ciudadana, cada recodo campesino, sombra de astilleros en ruina, circos destaralados, pueblos de ratas, tristes balnearios, patios floridos, antología personal en la que siempre ha sobresalido —no sé exactamente por qué— esa imagen del nomadismo que da la carreta de las «quitanderas» de Amorim, proyectada en forma errabunda por las rutas barrocas del norte uruguayo. Un descubrimiento que fue antológico desde el día de marzo de 1960 en que encontré por azar esta novela de «quitanderas» y vagabundos en una librería de lance de la Cuesta del Botánico de Madrid.

La carga imaginaria que me ha acompañado durante todos estos años ha sido tan entrañable, que no puedo aceptar ahora que este paisaje uruguayo no hubiera estado recorrido alguna vez por esa fantástica carreta, uniendo y dando sentido a los puntos aislados de una geografía sin literatura. Tal era la densidad cultural reclamada para un país que no podía darse el lujo de prescindir de sus «pasteleras» fronteras, después de haberlas inventado con tanta convicción. Tal era el «modelo del mundo» en el que creía y creo, aquel por donde transitan sin obstáculos las criaturas de la ficción, formando parte sin transiciones de una realidad donde la historia y la literatura se explican recíprocamente.

Porque en los hechos —y a través del prisma de Amorim— no veía otra cosa que un tríptico en el que cada hoja desmentía a la otra, necesitándose sin embargo mutuamente para sostener la apasionante contradicción del conjunto. Porque una hoja nos decía, recitando presuntuosa los ejemplos de la Mancha o de las tierras del Cid: «Los libros hacen los pueblos», mientras la otra repetía la paradoja del Cronopio: «Los libros deberán culminar en la realidad»; para que la tercera nos recordara que: «La realidad nunca es tan real como nos creemos», o como decía el Maestro del Aleph: «Esta circunstancia de inventar una realidad que no es la realidad, y que le sobrevivirá en sus libros, es la condición esencial del escritor».

Todos éstos son los privilegios de un texto ambiguo y, por lo tanto, válido como forma artística en el que, por creer demasiado, nos complacemos hoy nuevamente. Gracias a esta edición crítica nos hemos visto obligados a volver a

releer sus páginas, una y otra vez. Merced al empecinamiento de un trabajo gravoso, hemos terminado incorporando para siempre esas mujeres de «vida airada» a la realidad del Uruguay. Porque la historia del mito, así lo ha querido; felizmente.